

los logros que pretenden las armas y las vidas de los que cayeron en el campo de batalla. Idos los españoles, quedaron los locales, la rancia cepa del imperio católico. Y desde allí una batalla que ha sido repetida una y otra vez en los campos de esta esquina de América, por 200 años. Qué lástima, qué pena y tristeza conmemorar un bicentenario en guerra. Seguirán faltando más fechas, como más narradores, poetas y artistas de toda índole que vuelvan, al pasado con su imaginación y nos permitan entrever en la luz de las candilejas que han servido para escribir la historia.

En esta *Agenda Cultural Alma Máter*, con el acompañamiento de David Zuluaga Parodi, Eduardo Domínguez, Jorge Orlando Melo y Andrea Martínez y los documentos de Florentino González y Richard Vawell nos sumamos a un tiempo extendido de conmemoración bicentenario que seguirá refrendando un anhelo: alcanzar la independencia, para lo cual una salida real es sabernos de esta tierra sin lánguidas añoranzas ibéricas y de este tiempo, que nos tiene retos para solucionar hoy.

Oscar Roldán-Alzate

Una historia de conmemoraciones

David Zuluaga Parodi

La Ley Fundamental de la Unión de los pueblos de Colombia de 1819, terminada de redactar en Angostura por diputados provinciales, venezolanos en su mayoría, reafirmó la voluntad de los colombianos de constituirse en una nación independiente, defensora de su soberanía, a la vez que decretó las primeras celebraciones de la República de Colombia “con fiestas y regocijos públicos” perpetuos, que tendrían lugar en diciembre, para premiar las virtudes y las luces.

Y es que el fin de la guerra de Independencia y la imposición de un modelo de gobierno republicano requería la invención de una tradición. Urgía dejar atrás la fidelidad de los vasallos al rey, celebrada con desfiles, pólvora, corridas de toros y vacalocas, para incentivar, en su lugar, la fidelidad de los ciudadanos a la nación. Eso implicó por supuesto, nuevos protocolos *civilizados* que permitieran a los colombianos acreditar y acrecentar el patriotismo, difundir y memorizar los valores de la nueva república

y estimular su práctica, dar cohesión y legitimidad al proyecto nacional, hacer partícipes y dar a los ciudadanos la ilusión de protagonismo de la actividad política mediante actos simbólicos masivos y, finalmente, propiciar una memoria nacional.

El catecismo republicano de Cerbeleón Pinzón, publicado a mediados de siglo xix, se preguntaba: ¿Para qué hacer memoria del sacrificio de estas víctimas? Y respondía: “Para que veneremos sus nombres y aprendamos a hacer el sacrificio de la vida, cuando sea necesario, por las causas de la independencia, de la libertad o del pueblo [...]”. Pese a esa intención de cohesionar la nación en función de los nuevos principios y héroes, los hechos narran otra historia. Como en el resto del continente, el siglo xix en Colombia fue complejo e inestable. Las ocho constituciones y el mismo número de guerras civiles de carácter nacional —y otras cuantas escaramuzas provinciales— fueron resultado de las peleas de una élite política dividida y

empeñada en imponer, a las buenas o a las malas, diferentes maneras de concebir las relaciones del Estado nacional con el individuo, la iglesia y las provincias.

Con dificultad, los gobernantes liberales siguieron empeñados en estimular el culto a los padres fundadores, decretando en 1864, por primera vez, la celebración del 20 de julio como una fiesta de carácter nacional pues, en palabras de Manuel Murillo Toro, presidente y promotor de la iniciativa, era fundamental que “nunca mengüe el amor a la República”. Una profunda crisis económica, sin embargo, dilató los planes de poner estatuas de Santander, Córdova y Nariño en diferentes ciudades, y la falta de una industria en el país frustró la idea de hacer cada cinco años una exposición nacional inspirada en las universales, que habían tenido lugar en las capitales más importantes de Europa durante el siglo xix.

4

A principios del siglo xx, Colombia seguía siendo un país campesino, aislado y pobre, aunque se advertía alguna modernización en las ciudades y una incipiente industria y el cultivo del café había generado un creciente optimismo. La élite, en su política lejana, impuso desde 1886 una república centralista y conservadora que, en sus propias palabras, se propuso *regenerar* la nación con autoridad y orden, para lo cual amplió las facultades del presidente, estrechó las relaciones con la iglesia y estimuló la unidad del país exacerbando el nacionalismo.

El presidente Rafael Reyes, por ejemplo, les dio un nuevo impulso al mito fundacional y al culto a los héroes como práctica del gobierno, cuando decretó en 1907 la conmemoración del 20 de julio, como fecha de la independencia nacional, y la conmemoración del centenario dos años después, delegada a una junta cuyo primer director fue Rafael Uribe Uribe. Una ingente labor, teniendo en cuenta que no hacía

mucho Francia había conmemorado el centenario de su Revolución con una Feria Mundial cuya entrada fue una monumental torre de hierro, hoy llamada Eiffel.

No dejó de generar polémica la selección de una fecha que recordaba un acontecimiento que había tenido lugar en Bogotá, y que no evidenciaba la importancia de las demás provincias en el proceso de independencia. No obstante, para los conservadores centralistas y para instituciones como la Academia Colombiana de Historia, recién creada, la construcción de una memoria nacional obligaba a fijar hitos para que los colombianos se imaginaran partícipes de un pasado común y pudieran consolidar su identidad y reforzar la idea de unidad.

Una de las primeras acciones fue la convocatoria a un concurso público en el que se premiaba una historia de Colombia que sería destinada a la enseñanza en las escuelas, en el que resultó ganador un texto redactado por los abogados José María Henao y Gerardo Arrubla, que fue distribuido masivamente y hasta hace muy poco fue la base de la enseñanza de Historia en la educación pública y privada:

bien estudiada es —afirmaba en una de sus páginas—, a no dudarlo, verdadera escuela de patriotismo, porque hace conocer y admirar la patria desde su cuna, amarla y servirla con desinterés, y asegura su porvenir manteniendo la integridad del carácter nacional.

Adicionalmente, un álbum bicentenario, publicado en Bogotá, registró las actividades académicas y educativas, la exposición industrial y las ceremonias públicas que tuvieron lugar durante la primera década del siglo xx.

Por otro lado, desde la junta central de conmemoración se irradió el afán conmemorativo a las regiones. El Concejo Municipal de Medellín, por ejemplo, aprobó recursos e inició



Francisco Antonio Cano. Boceto reunión en la quinta de Fucha - Bolívar. Plumilla / Papel. 1914

labores para la fiesta nacional, mencionando en sus acuerdos que era su deber proponer una celebración de “utilidad pública, que avivara el amor a la patria y perpetuara en la memoria de los colombianos el recuerdo de los próceres”.

Aquellos propósitos se materializaron gradualmente en la ciudad de Medellín, con la ayuda de instituciones de notable vocación cívica como la Sociedad de Mejoras Públicas y las administraciones de los demás pueblos de Antioquia. En primer lugar, se publicó semanalmente *El Centenario*, órgano oficial de la celebración, en el que se exaltó a los héroes locales. Por otro lado, Francisco Antonio Cano, el artista más importante de la ciudad, elaboró un busto de Atanasio Girardot que fue inaugurado con la presencia de todas las escuelas de la ciudad, pero que hoy sobrevive a duras penas a un costado de la Iglesia de la Veracruz en el centro de Medellín. Francisco Antonio Zea, Santander, Córdoba y, sobre todo, Simón Bolívar, fueron homenajeados con sendas esculturas instaladas durante las primeras dos décadas del siglo xx. Por su parte, los estudiantes de la Universidad de Antioquia invitaron a sus colegas del departamento a componer textos en prosa y verso en favor de la independencia; se hizo, además, una Exposición Industrial y Agrícola en las instalaciones del San Vicente de Paúl, se diseñó un plano de Medellín futuro y se oficializó el Bosque de la Independencia, hoy Jardín Botánico, como lugar de recreo de las clases altas antioqueñas, además del Parque Bolívar, la Placita de Zea, entre otros. Buena parte de esa celebración permanece hoy en la toponimia de las calles y parques y en los monumentos, pero los héroes de hace doscientos años y la parafernalia patriótica han perdido vigencia y dejaron de ser símbolos emotivos de afecto a la nación.

Es cierto que a principios del siglo las conmemoraciones se centraron en la apología a los héroes y las batallas y se implementaron

protocolos que hoy en día nos parecen complicados y ajenos; no obstante, es urgente comprenderlos y deben ser motivos de una reflexión renovada, pues en los años recientes la profesionalización de la Historia ha sumado preocupaciones, se ha centrado en el estudio de otros grupos sociales que participaron de la independencia y ha reflexionado sobre los métodos para estudiar este periodo de suma complejidad. Por esa razón, es importante aprovechar el bicentenario para plantearse preguntas trascendentales sobre qué se conmemora y para qué, qué significado debería tener la historia nacional y qué sentido tiene, aún, conmemorar una guerra y la muerte de muchos hombres.

Es importante reconocer que las conmemoraciones son una práctica cultural de trascendencia para una sociedad en la medida que estimulan y construyen la memoria colectiva, fomentan la consciencia histórica y nos permiten asignar un significado a ocurrencias o a la vida de individuos o grupos que consideramos importantes para lo que somos. Si simplemente dejamos que las cosas pasen sin recordar, con el tiempo y la sobrecarga de información común a estos días nos volvemos insensibles a los legados de nuestro pasado. Es por ello que valdría la pena insistir en el bicentenario como una excusa para hacer balances, estudiar, revisar, repensar, replantear, discutir y, sobre todo educar, y hacer una conmemoración que renueve el vínculo entre los sucesos del pasado y el presente, para aplicar la Historia a nuestra vida diaria, asegurando su impacto en nuestras acciones y procesos de toma de decisiones como sociedad.

David Zuluaga Parodi es doctor en Estudios Latinoamericanos de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM) y se desempeña como profesor en el Departamento de Historia de la Universidad de Antioquia.